

## CASILLA DE SALIDA: LAS RAZONES DE ESTE LIBRO

Procura no rebajarte si algo sabes, no vaya  
a ser que al rebajarte te conviertas en tonto.  
(*Libro de la Sabiduría* de Jesús, hijo de Sirac)

Las lenguas clásicas han hecho posible este libro. Lo ha compuesto alguien que ha enseñado una de esas lenguas durante ocho lustros, que son cuarenta años cabales. Con el latín y el griego como máquinas del tiempo he viajado a épocas remotas, he oído palabras extrañas y bellas, he conocido a personajes de todo tipo, he sabido de combates y amores, he contemplado el afán de otros por sacarle al mundo su misterio y, ahora, quiero compartir algunas de esas cosas con quienes quieran saber de ellas.

En este libro no leerás un *curriculum* de nombres propios, incidentes burocráticos o anécdotas de *campus*, pues no sé qué puede haber más aburrido que semejantes historias. Tampoco es un ejercicio de melancolía, pues las evocaciones se resuelven a menudo en pobres imágenes que solo valen algo para el que vivió las realidades de donde vienen. Nada de esto, sino que se trata de un ciclo de disquisiciones ensayísticas sobre ciertos temas con los que me he ido encontrando en mis tareas de estudiante, docente e investigador, y a los que aquí de algún modo quiero verles la otra cara, para hablar y reflexionar sobre ellos de un modo suelto y alejado de las exigencias de las clases y la escritura académica. Eso sí, he tenido que escoger bien y condensar mucho para que este libro no acabara en mamotreto.

El grupo principal de los asuntos tratados, una personal y caleidoscópica visión del mundo, lo he distribuido en nueve secciones bajo el rótulo de «Los paisajes». Luego reúno a «Los convocados», esto es, los textos y autores que han sido objeto de mis trabajos, adjudicándole a cada uno dos páginas, no más, para que el lector, en

un golpe de vista, pueda ver allí de dónde provienen las opiniones y citas que circulan por el cuerpo del libro. Me he sometido a la disciplina de dar voz ante todo a las obras e ingenios contactados en mis expediciones literarias, casi siempre con el latín y el griego a cuestas, y dejar las otras voces, de otras lenguas, de otros ámbitos, como complemento u ocasional paralelo. Comparecerán en este proceso testigos de primer y segundo orden.

Encontrarás, como es de esperar, muchas expresiones latinas y unas pocas griegas, algunas triviales y otras más raras, que irán marcadas con asterisco\*. Para aliviar el cuerpo de notas, al final van todas esas frases en orden alfabético y con su versión española. Los clasicistas prescindirán de esta ayuda y los legos —que en cualquier materia somos mayoría— podrán consultar el repertorio cuando lo necesiten o deseen.

Pretendo que estas páginas te distraigan de ti, lector sincero, haciéndote participar en experiencias ajena, que te aprovechen y que de ellas vuelvas a tu casa y tus asuntos, si no más sabio, al menos complacido. Como ya te he dicho, la masa de estas experiencias está sacada de esos personajes vivos con los que hablé en una lengua muerta, o expresado al revés, de difuntos parlantes en vivos escritos. Será difícil, cuando no imposible, escamotear todas las experiencias propias y no dejar escapar ni una sola. Pero prometo tener siempre presente la áspera orden con que se espanta a los pesados, aquello de «no me cuentes tu vida». En toda esta aventura, que yo querría vital y no meramente libresca, procuraré mantenerme dentro de los límites de mis conocimientos, para que nadie tenga que afrontarme con aquello de *sutor, ne ultra crepidam\**, y ojalá que si salen algunas simplezas o extravagancias queden dichas en voz baja y sin gesticular demasiado. Lo que sí es seguro es que este será un libro con balcones abiertos a muchos panoramas.

Reconozco que todo esto lo hago rodeado y acosado sin cesar por las seductoras tentaciones del silencio. ¡Qué bien se está callado! De Cleóbulo de Lindos, uno de aquellos siete de la baraja de sabios que puso Grecia en la mesa del mundo, era popular una cancioncilla en la que avisaba que «entre los hombres se imponen la ramplonería y la charla sin regla»<sup>1</sup>, de lo que parece desprenderse que si uno quiere salir de la mayoría inútil, debe sin más

cultivar su conocimiento y luego envolverse en nubes de silencio. Pero no, hablaré. Para justificarme convoco además a Girolamo Cardano como el primer fantasma del pasado (mira, como te he dicho, al final del libro, en «Los convocados», el número 17), que defenderá estas manifestaciones con una razón fecal y poderosa: «aunque el estarse sin escribir parece lo mejor, sin embargo, no es así, ya que ni siquiera los animales pueden vivir sin orina ni excrementos, si bien es verdad que serían más limpios y aseados de vivir sin ellos»<sup>2</sup>. Tendré mucho cuidado, no obstante, porque, extremando la comparación, bien se sabe que a los humanos el hedor de la estupidez propia, si es que alguna vez les llega, les puede embriagar y, como en cierta carta decía Séneca (el convocado número 4), todos somos tontos a ratos<sup>3</sup>.

Espero que mi único mérito al dirigirte la palabra, paciente lector, a través de estos paisajes variopintos no sea el haber superado el miedo a parecer pedante, parlanchín o intempestivo. Me tranquilizo pensando que muy poco de lo que aquí hay tiene que ver conmigo: ni soy lo que digo ni digo lo que soy. Como todos, soy hombre espiral que ni nunca se cierra del todo sobre sí mismo, ni nunca se abre del todo a los otros. Vueltas y vueltas. Otra vez le tomo la palabra a Cardano y digo aquí que, acaso en mejores condiciones que él, quiero «componer para uso propio un libro a manera de guía por ver de completar lo que falta y sacarles algún gusto a mis pasados trabajos en estos tiempos tan penosos, cuando ya mi vida va cuesta abajo»<sup>4</sup>.

Pero me sigo explicando. Si uno quiere ir al campo puede hacer una incursión, término que evoca la rapidez y eficacia de lo militar, o una excursión, que es algo libre y placentero. Aquí se trata de excursiones con cierto orden o, si se quiere, incursiones diversas hechas sin agresividad ni afán de presa. Dijo uno que «el primer paso de la sabiduría está en admitir, con buen humor, que nuestras ideas no tienen por qué interesar a nadie»<sup>5</sup>. Digo yo que el segundo paso será exponerlas con alguna gracia y oportunidad, tan asequibles y provechosas que no dejen de suscitar el interés de alguno.

Sabido es que prologar un libro es como ponerlo todo él entre comillas. Pero no hay remedio, y diré ahora lo que el lector luego comprobará o corregirá cuando lo haya leído. En todo prólogo,

además, el autor se siente como el empresario de circo que a la puerta de la carpa grita a los transeúntes: «pasen y vean esto y lo otro». Mejor sería que tan solo te dijera: «adelante, lector, que ya te enterarás». Pero te voy a anunciar algunos números que aparecerán en la pista. Pasearemos por asuntos como el aprendizaje de las lenguas antiguas, el misterioso atractivo de los clásicos, el arte de la palabra, el bien, la belleza y la verdad, el azar y lo divino (que no te asusten palabras tan platónicas, procuraré que no resuenen huecas). En esta excursión con incursiones te haré marchar por la carretera de autores consagrados y te meteré de vez en cuando por trochas poco frecuentadas, limpias de huellas. Así que estarán, entre esos convocados que te he dicho, figuras nada o poco conocidas como los poetas menores y anónimos de la Antigüedad Tardía, Enea Silvio Piccolomini (que fue papa con el nombre de Pío II), Agostino Nifo, Francisco de Enzinas, Girolamo Cardano, Pedro Venegas de Saavedra y Martin Seidel, y a su lado cierto anónimo, clandestino y heterodoxo como él. Ya los irás conociendo. Otro grupo estará integrado por nombres resonantes y bien conocidos como Lucrecio, Séneca, Virgilio, Ovidio, Marcial, Juvenal, Petrarca y Kepler. Pasen y lean.

El hombre de hoy, más todavía si se dedica al estudio de cualquier disciplina, se encuentra ante lo que Platón llamó «el piélago de las palabras»<sup>6</sup>, un mar que antes mostraba sus orillas en las clausuradas y rara vez asequibles estanterías de las grandes bibliotecas y hoy nos absorbe y anega desde las pantallas domésticas del ordenador como un mar sin playas. Y ese océano crece y desborda. Uno puede temer que llegará el día en que la cantidad inabordable de mensajes no permita que se piense u ocurra nada digno de comunicarse. La voz silenciosa del ser quedará oculta bajo el ruido de las palabras humanas. Mientras tanto...

Y ya como una última consideración, no me queda más que decirte que escribo desde mis muchos años ya cumplidos, procurando no encerrarme en el cuarto oscuro de la nostalgia y evitar la actitud desdenosa de quien traza un garabato en la arena de la playa cuando la ola viene de camino. Uno se resiste a dejar fardos de experiencias y saberes en brazos de la nada, mientras se tiene la impresión de que se consulta la propia memoria como una guía

telefónica de páginas rotas y manchadas a punto de arder en la hoguera de un mendigo. Siento, al lado de Petrarca (lo convocaré muchas veces), que no es bueno que el anciano renuncie «al deleitoso tesoro de las letras ganado con el estudio»<sup>7</sup>. Y al igual que este revolucionario poeta e incansable lector de los clásicos, aquí «reúno los pedazos rotos de mis gastadas reflexiones»<sup>8</sup>. ¿Qué figura forman? Hiedra sin pared, estela sin barco, huellas sin camino.



## LOS PAISAJES



# I UN LARGO APRENDIZAJE

*INTROIBO AD ALTARE DEI*

El que yo fui me espera  
bajo mis pensamientos.

(Jorge Guillén)

«Quiero ser monaguillo», dice el niño y le ponen en la mano un folleto mugriento para que aprenda las divinas palabras. Empieza el sacerdote: *Introibo ad altare Dei*\*. Responde el acólito: *Ad Deum qui laetificat iuuentutem meam*\*. Como a través de una niebla el pequeño entiende que se dice algo sobre Dios y juventud. Luego siguen más y más respuestas que hay que aprender de memoria. Lo que no se entiende empieza por causar risa. Hay una total ausencia de magia y aura sagrada. Cuando los menudos aspirantes llegan a la iglesia y el sacristán, que alterna este oficio con el de zapatero, repasa la lección y les dice: *Dominus uobiscum*\*, uno de los niños, el más guasón, repite en eco: «dos minutos bizco», antes de que todos a coro respondan el preceptivo *et cum spiritu tuo*\*. Luego, el lorito impío, deformador de aquellas palabras raras y santas, se lleva un coscorrón.

Cuando evoco las primeras palabras que aprendí en latín, fueron esas, unas que juntan juventud y alegría. El uso del latín por la Iglesia católica ha sido, a pesar de los añorantes y estetas pasmados ante las divinas palabras, un extraño disparate que se mantuvo más tiempo de la cuenta por reacción contra la Reforma protestante. Lanzar a Dios palabras que no se entienden igualaba al fiel cristiano con aquellos tibetanos que hacen girar los molinillos de oraciones, donde el puro paso de la cinta escrita bastaba para enviar mensajes a lo invisible. Campesinos y artesanos en aldeas y ciudades del orbe católico, desde Polonia a Lisboa y desde México a la Patagonia,

repetían palabras extrañas llevando a cabo los más extravagantes vaciados fonéticos, como el de la viejecita que rezaba a San Tofice-to (santo extraído de la palabra *santificetur*, ‘santificado sea’, de la oración del Padre nuestro) o aquellas beatas que, en la ceremonia llamada «exposición del santísimo Sacramento», cantaban el *Tantum ergo* en versión libre: «Tanto negro sacramento, / veneremos a San Luis, / y el antiguo documento / no debemos destruir...» (letra original: *Tantum ergo, Sacramentum, / veneremur cernui, / et antiquum documentum / nouo cedat ritui...*)<sup>1</sup>. Hasta el *hoc est corpus meum*, pronunciado en el momento más fervoroso del drama eucarístico, el de la panificación de Dios, derivó entre las gentes de habla inglesa en el *hocus pocus*, que vale por un mágico y falaz abracadabra.

Estos lances chuscos ya no tienen lugar porque la Iglesia romana ha reducido su latín al texto de las cartas circulares o encíclicas del papa, que se solían denominar por sus primeras palabras latinas —*Rerum nouarum, Pacem in terris*—, aunque leo estos días en los periódicos hablar de la última del anterior papa Francisco como *Fratelli tutti*, en italiano; y digo: ¿por qué no «Hermanitos todos», si el español es la lengua mayoritaria de los católicos?

Hace tiempo el latinista y socrático agitador Agustín García Calvo escribió en la prensa un paradójico artículo reprochando a la Iglesia el abandono de la teología por formas blandas y seculares de conocimiento, intentando un *aggiornamento* ante los cambios y avances del mundo (uno de los enemigos del alma, se decía). El latín también jugaba su baza en este lance: «Era ya ese progreso el que a aquella robusta Iglesia de los populosos seminarios [...] le hizo primero perder su latín [...] y empezando por perder el latín, que es como suelen empezar los malos pasos, ha acabado por perder también la Teología»<sup>2</sup>. No se abandona el latín impunemente. Al suprimirlo, la Iglesia abandonó, claro es, algo de su particular romanidad originaria, pero también la lengua común que corresponde a toda universalidad. Y no importa que la conozcan pocos; lo decisivo es que el tesoro doctrinal encerrado en la Vulgata latina, desarrollado luego en una legislación y una teología que se expresa en latín con módulos de la filosofía estoica y, sobre todo, de la peripatética, ahora se diluye en otras lenguas y puede ocurrirle lo mismo que al judaísmo cuando se trasvasó al griego-latín, que

dio lugar a la herejía cristiana. ¿Qué nacerá del traspase católico? Nadie lo sabe. La babel o mercado variopinto de sectas reformadas puede ser un adelanto.

Como ves, lector, estas huellas sin camino no pueden ser sino errabundas, y me he metido en una disquisición inesperada. Pero sigo.

Integristas hubo que pusieron el latín, como lengua sagrada, por encima del hebreo o el griego, que son las verdaderas lenguas de las escrituras judeocristianas. El novelista Léon Bloy (1846-1917), fanático del latín de puro católico-romano que era, se queja: «Es una desgracia. El latín es la *Lengua de Dios*, la lengua del precepto y de la plegaria. La Iglesia cultivó, con el estiércol de Virgilio, Horacio, Ovidio y Cicerón, esa maravillosa flor, hoy agostada, que se llama Razón cristiana. Es indiscutible que los pueblos, lo mismo que las personas, valen en la medida de su cultura latina. No estoy en condiciones de aconsejar traducciones francesas de la Biblia, pues jamás las he usado»<sup>3</sup>. Por la misma senda pero por otras razones y con cierta sorna sucia, poniendo el estiércol en otra cuadra, el cantante Georges Brassens, como el descreído que se pasma o finge pasmarse ante las maravillas de la liturgia, entonó en su día: «No saben lo que pierden, / todos esos malditos bonetes, / sin el latín, sin el latín, / la misa nos enmierda»<sup>4</sup>.

Al final de este desvío no tenemos más remedio que entonar el *ite, missa est*<sup>\*</sup>, y dejar a los curas en sus iglesias.

Todavía en los años de escuela primaria el monaguillo oye hablar algo de los antiguos romanos, pero no será hasta los primeros curso del bachillerato cuando venga a entonar el *rosa rosae, le plus vieux tango du monde*. Un niño que piensa en jugar, en salir al aire libre, lejos de la mirada y la palmeta del maestro, no puede no aborrecer el latín, como casi todo lo que se hace en la escuela. La vida escolar está llena de aburrimiento, rutina y pequeñas frustraciones. Los momentos de entusiasmo iluminados por cierta luz de belleza son como pequeñas fiestas. Por otro lado, la diversión en la escuela es siempre sospechosa. Contra ella hay protestas conservadoras entre nosotros como las hubo en Roma. «Ahora los niños en las escuelas se dedican a jugar», decía un personaje en el *Satírico* de Petronio<sup>5</sup>. No sé si alguno dejó de tomarse su tiempo antes de descubrir el latín y convertirlo en gozo y juego. Me tomé yo mi

tiempo, distraído en otras cosas no menos interesantes, hasta que luego se me volvió de oro esa llave, cuando con ella en la mano me vi en presencia de más cofres de tesoros de los que en vida de un hombre se pueden abrir para contemplar joyas de amplio saber y honda humanidad. El griego, en el entonces llamado bachillerato superior, llegaba para los estudiantes de letras más tarde, cuando uno tenía quince o diecisésis años, edad de enamorarse. Pero vamos con el latín por ahora.

### LA LENGUA LATINA (Y TAMBIÉN LA GRIEGA)

De Circe y Telémaco nació Latino,  
que prestó su nombre a la lengua latina.  
(Higino, *Fábulas*)

El latín es uno de esos saberes instrumentales que vienen de larga tradición y que los mayores les imponían a las nuevas generaciones por creer que es noble en sí y provechoso para la vida. Sin discusión. Recuerdo que los primeros profesores que tuve, y otros muchos luego, estaban tan preocupados por entrar lo antes posible en la faena de enseñar la lengua, que colocaban ante los niños primero las tablas memorísticas de declinaciones y conjugaciones, y de inmediato los textos de César o Salustio para traducirlos, así como así, sin perder tiempo en ambientaciones históricas y literaturas. Cierta amiga un día, al saber que yo era profesor de la cosa, me confesó que en sus primeros años del bachillerato creía que el latín era un artilugio inventado expresamente para la escuela, una prueba caprichosa, un aparejo de entrenamiento mental, como mancuernas de gimnasio.

Esta aureola de exotismo y alejamiento de lo real que, por naturaleza y en razón sobre todo de absurdas rutinas pedagógicas, rodea al latín da lugar a historietas chuscas. Un pedantillo del siglo XVI, en un ficticio banquete que se relata en unas no menos ficticias cartas, presume ante otros eruditos de haber hecho callar al mismísimo Erasmo con este descubrimiento muy bien razonando: «...no creo que César escribiera sus famosas *Memorias*, y quiero

demonstrar lo que digo con el siguiente argumento, que sonaría más o menos: “Quien anda metido en armas y continuas campañas no puede aprender latín; es así que César siempre anduvo en guerras e importantísimas campañas, luego no pudo instruirse ni aprender latín”<sup>6</sup>.

Siglos después generalizó el chiste el poeta Heinrich Heine (1797-1856) decretando: «Si los romanos hubieran tenido que aprender latín no les hubiera quedado tiempo para conquistar el mundo».

El niño como niño, solo interesado y absorbido de verdad por sus juegos, ve en el latín, como en las demás disciplinas escolares, una maquinación de los mayores contra su felicidad libertaria. El poeta Joseph Berchoux dijo preferir la voz de su niñera al raro galimatías de sus maestros: *La langue des Césars faisait tout mon supplice: / hélas! je préferais celle de ma nourrice*<sup>7</sup>. Obligado, el pequeño discípulo aprende muchas cosas de memoria, declina nombres, enuncia y conjuga verbos sin parar. Empieza luego a traducir breves frases, pero lo hace a base de analizar y ese análisis lo arrastrará hasta la etapa siguiente, cuando habituado a la selva morfológica, provisto de un vocabulario mínimo y manejando algunos resortes de la sintaxis, se enfrente a textos largos de los grandes autores. Pero siempre analizar, analizar y analizar, para por fin, como quien resuelve un enigma, disponer una traducción sin la menor exigencia de elegancia. Solo mucho después y a pesar de todo esto, el latín viene a gustar, cuando logramos movernos en él con soltura, dejarnos invadir por su encantamiento.

Aprender una lengua extraña requiere abandonar la comodidad de la propia y asumir una tarea de esfuerzo. Pero, además, el griego y el latín remachan esa dificultad con ser lenguas antiguas dotadas de una estructura ajena a las lenguas de ahora. Entre las cosas más chocantes del latín para el alumno que habla cualquier lengua romance está de entrada la carencia de artículos (pruebe el lector a suprimir los artículos de un texto cualquiera castellano y verá); luego vienen esos sustantivos y pronombres indicando su valor a veces con casos y a veces con preposiciones, los extraños supinos, gerundios y gerundivos del verbo, el orden de palabras. Y todo ello sobrecargado de desinencias cambiantes (piénsese que al castellano ‘mesa’ / ‘mesas’ corresponden doce formas del latín *mensa*). El

aprendiz de griego por su parte topa con un frondoso sistema verbal lleno de raras desinencias, de nuevos tiempos, modos y voces (aoristo, optativo, voz media), verbos irregulares y polirrizos (los que usan varias raíces, como en español ‘ir’, ‘iba’, ‘voy’, ‘fui’), las frases densas de participios y subordinaciones.

Hay una teoría, llamada de las ondas, que dice que las lenguas además de evolucionar en árbol como los seres vivos, permiten que las ramas coetáneas, por más que procedan de troncos diferentes, se pasen formas unas a otras y acaben pareciéndose (como esas bacterias y plantas que intercambian material genético). Latín y griego se asemejan; se asemejan inglés y castellano. Pero hay un foso entre las lenguas del pasado y las de ahora. El especialista tal vez ha dedicado muchas más horas a leer latín y griego que a leer italiano, francés o inglés, pero el latín y el griego le exigen mayor esfuerzo; el cansancio, un poco sin saber cómo, se apodera de él antes en las lenguas antiguas que en las modernas.

El camino, como hemos dicho, es laborioso.

Mi experiencia fue la de tantos. Me aburría con la memorización de las reglas y con los interminables análisis, pero, a los dos años de empezar aquellas fatigas, cuando la pubertad trastorna el cuerpo y capacita la mente para tareas más difíciles, descubrí que los textos se pueden entender sin analizar, dejándose llevar como en la lengua propia. Es viejo el método de aprender a nadar tirándose al agua. Y lo mismo vale para hablar primero y meterse en reglas y gramatiquerías después. Don Diego de Saavedra y Fajardo, en el muy clasicista siglo XVII, preguntaba «por qué se perdía tanto tiempo en solo enseñar una lengua que, sin preceptos, con el uso y ejercicio se podía aprender en cuatro meses, como se aprenden las demás»<sup>8</sup>. Por ahí, como pude, tiré también yo.

Mis horas de estudio fueron acaso aburridas, pero no largas, pues fui usuario del racional sistema jesuítico consistente en una hora de preparación y otra de clase, la primera para estudiar y la segunda para dar cuenta al profesor de tus avances. Tomaba en su momento el *Florilegio latino*, una antología de textos de los que se usaba durante el curso solo una pequeña parte, y me dedicaba a rebuscar amenidades. Aquellos florilegios traían notas al pie que resolvían muchos puntos difíciles, y así me interné en las biografías

de hombres ilustres de Nepote, en leyendas y batallas de Tito Livio. Las cartas de Cicerón me parecían muy aburridas, y me las saltaba. Al principio, la poesía me costaba más, no tanto por el vocabulario como por la ordenación de las palabras, que parecía tan caprichosa. Las fábulas de Fedro eran muy gratas porque eran fáciles de leer y estaban cerca de los cuentos de mi infancia, los amores de los pastores de Virgilio preludiaban muy bien los míos esperados, las historias de Ovidio me parecieron llenas de extraños lances y mágicas fantasías, y se me enganchó en la memoria sin querer la docena de versos con la que arranca el relato de su partida al des-tierra: «cuando a la mente me viene la imagen tristísima de aquella noche» / *cum subit illius tristissima noctis imago...* Algunos me han contado que les pasó lo mismo, algo de pegajosa música debe de tener esta melancólica elegía.

Aprendía muchas frases, interesantes o rotundas, ingeniosas o biensonantes. Y es que el latín es una lengua generadora, por naturaleza, de sentencias. No hay en su literatura aforistas puros, pero resaltan millares de máximas en las comedias de Publilio Siro, en los versos de Virgilio, en las prosas de Séneca, acuñaciones que circulan por las edades como monedas que nunca pierden brillo. Es una lengua densa y compacta, con una sonoridad que parece estar pidiendo que se escriba en piedra. Pero, cuidado, no andaban aquellos latinos en continua pose de estatua y no dejaban de trazar en el aire peinetas «mostrando el dedo medio» (*medium ostendere digitum*) o, con refranes bien sucios, de ponerse a «escudriñar en el culo del perro» (*in canis podicem inspicere*) cuando nosotros con mayor decoro buscamos tres pies al gato.

Las lenguas acaban, porque las abandonan los hablantes (a veces por voluntad propia, a veces obligados) o porque cambian y se transforman en otras (un proceso inevitable). Esto último le pasó al latín. Pero su larga historia y su inmenso acopio de textos escritos, con tantos puntos de interés económicos, sapienciales o estéticos, dio lugar a que se hicieran intentos de mantener y revivir la lengua escrita, de regresar a ella. Hubo un proyecto intenso y triunfante en el humanismo. La Iglesia católica, por su parte, se obligó a practicarlo como forma de universalismo y —también hay que decirlo— de distinción aristocrática. Hoy hay programas de radio, periódicos

y revistas, y clubes de amigos que practican el latín vivo. Los nuevos *realia*, que es como se llama en el argot de los filólogos a los objetos, a los artilugios e invenciones, se traducen casi siempre por un giro laborioso, lo que es una derrota; así, por nombrar dos cosas que no conocieron los antiguos, ‘minifalda’ será *tunicula minima*, ‘vaqueros’ se dirá *bracae linteae caeruleae* y para ‘aerosol’ tendremos *sparsivus liquor nebulosus*: todo parece cosa de chiste<sup>9</sup>.

### LA GRAMÁTICA, ¿SEÑORA O CRIADA?

Gramáticos, criaturas de Momo infernal,  
gusanos del espino, duendes de los libros.

(Filipo, *Antología Palatina*)

En cuanto se habla de aprender una lengua lo primero que viene a la mente es la gramática de esa lengua; se decía: hay que dominar la gramática. Como ya he dicho, hay otro camino natural y espontáneo, similar al que nos llevó a aprender la lengua materna y que puede servir para todas. La gramática y los gramáticos tienen mala fama. Pero aquí quiero hablar también a favor de esta disciplina, eso sí, poniéndola en su sitio.

Todo entrenamiento no es más que un camino arduo y provisional hacia una facilidad y alegría posteriores. El deportista se ejercita sin espectadores para luego salir al campo, jugar bien y lucirse. No debemos dejarnos dominar por la idea supersticiosa de que cuanto más cuesta una cosa, más vale y convertir todo el aprendizaje de una lengua en puro machaqueo de irregularidades, listas de vocablos y reglas mnemotécnicas. Pero la gramática, si se toma como el arte de iluminar y hacer consciente lo que en nuestros cerebros es oscuro y preconsciente, tiene sus encantos.

Para empezar, la gramática es un saber barato y asequible: el material, el laboratorio y sus aparatos se alojan en nosotros mismos. El objeto de la gramática es el lenguaje y el lenguaje es también su instrumento. No queda otra que desentrañar el lenguaje con el lenguaje. Este bucle, natural pero a veces resbaloso, no se da en ninguna otra ciencia. Es un ideal imposible el gramático afásico

que viera el lenguaje desde fuera. Justamente por eso las discusiones gramaticales están al alcance de todos. Corregimos al niño en sus balbuceos, nos planteamos cómo debe acentuarse una palabra o construirse una frase; se polemiza ahora sin parar sobre eso del género inclusivo, si hay que extender a toda ocasión y variante el viejo «señoras y señores», o si diremos «la presidenta», pero en cambio «la cantante» y cosas así. La lengua es arbitraria y algo injusta. Los continuos y machacones desdoblamientos de ‘ellos’ y ‘ellas’ molestan acaso menos a muchas mujeres porque hay cierta injusticia en el masculino englobante (yo mismo, una y otra vez me estoy ateniendo al vocativo ‘lector’). Recuerdo que cuando mi madre, que era maestra y le enseñó muchas cosas antes de ir a la escuela a cierto niño preguntón, me dijo que el número singular designa una sola cosa y el plural dos, tres y todas las que se quiera, le respondí que eso no podía ser, que era injusto (recuerdo la palabra); alegué —los niños a cierta edad son todos abogadescos— que tendría que haber una serie de números gramaticales intermedios, más platos en la balanza. Andando el tiempo supe que el griego añade un plato más, e intercala entre el singular y el plural, el dual para las cosas dobles como los ojos o las manos. Algo es algo. Pero lo que se ve es que no siempre lo racional se amolda a las arbitrariedades de lo que hay, de lo natural. La lengua es un demonio práctico y exigente, impone su ley. La que sea. Varones y hembras tenemos que ser condescendientes *los unos con los otros* (intente el lector, o lectora, desdoblar este recíproco en justa simetría y verá lo que le sale). Pero dejemos ya estos dilemas del momento. El uso dirá.

La escuela antigua, quiero decir la de mi niñez, estaba saturada de gramática. Teoría, definiciones y prácticas constantes del análisis morfológico y sintáctico. Hoy añoramos en cierto modo la sencillez de la gramática tradicional debido a que los avances y novedades que en esa disciplina han surgido se han plasmado en una confusa babel y en una huida de los términos de siempre en busca de coquetos helenismos.

La práctica del análisis morfológico y sintáctico, por señalar un punto particular de la vieja escuela, era algo no muy difícil y estoy seguro de que muchos niños disfrutaban desmontando como un juguete inmaterial la máquina de la lengua, entendiendo algo de

sus resortes secretos. A mí me divertía aquello, sobre todo cuando daba con una frase que no encajaba de ningún modo con el esquema. Recuerdo una: «le sirvieron una copa untada los bordes de azúcar»: verbo y complementos sí, pero ¿qué función cumple «los bordes»? (ahora sé que estos complementos de relación al lado de un adjetivo no tienen misterio en griego y latín). La gramática es una máquina exacta que lleva en la entraña un tinglado inorgánico de irregularidades y excepciones.

Las convencionales áreas de la gramática, que son fonética, morfología, léxico, entonación y sintaxis, lo abarcan todo: en los dos extremos, la máxima inconsciencia, en el centro —en los vocablos— la mayor conciencia; la música de los acentos y tonos, objeto de la prosodia, se relegaba a los poetas. De este séxtuple esquema, uno que ha leído numerosos ensayos sobre la esencia y origen del lenguaje, encuentra que los antropólogos, neurólogos, biólogos o prehistoriadores (tan finos y admirables en sus campos) desbarran muchas veces o no apuntan al cuerpo de la presa cuando piensan que lo principal de la lengua es el vocabulario. Incurren en la ingenuidad bíblica de Adán poniendo nombres a los animales (¿con qué sonidos articulados?, ¿desde qué gramática escrita en la pizarra de su ánima?). ¡Cuántos experimentadores hacen de dioses con los monos, intentando que *nombren* cosas en lugar de dejarlos tranquilos en su paraíso de perezas y terrores!

La gramática es un conocimiento gratuito, que, como todo conocimiento gratuito, ahonda la visión de las cosas. La aludida ignorancia de expertos de toda laya al poner por delante que el lenguaje consista meramente en nombrar hace que se desentiendan del funcionamiento automático y oculto de la máquina comunicativa. Porque es que en la lengua lo más extraño y admirable no son las palabras, sino el orden inconsciente, el fino sistema fonético —unas pocas decenas de sonidos de lenguaje que se definen por contraste y se extraen de la masa informe de sonidos posibles formando ordenadas estructuras—, la combinatoria prácticamente infinita de la sintaxis, el juego sutil de la prosodia con sus tonos de órdenes, interrogaciones e ironías. El léxico —una etiqueta para cada cosa y cada cosa con su etiqueta— es la flor última y más visible, tanto que incluso podemos intervenir en él cambiando un vocablo por otro ('balompié'

por ‘fútbol’), sustituir alguno por un gesto (atornillarse con el índice las sienes = ‘loco’), un color (el rojo de los semáforos = ‘pare’), o una imagen (→ = ‘siga por aquí’). La magia está en la otra parte.

En sentido estricto la gramática se justifica como estudio posterior, no anterior, ni siquiera simultáneo, al aprendizaje y ejercicio de la lengua. La gramática vale todo lo que se quiera como conocimiento puro y tiene cierta utilidad como arranque y refuerzo conscientes para la interiorización del manejo de una lengua. Pero la gramática puede y acaso debe ser exceso y pedantería. Hubo un tiempo en que fue un signo de distinción contra la gente que leía y hablaba sin conciencia. Vale recordar aquí que *grammar* es el étimo de la palabra inglesa *glamour*, que hemos adoptado en nuestra lengua como ‘glamur’, o «encanto sensual que fascina», según el *Diccionario de la lengua española*. Con la enseñanza de masas no hay ya glamur que realce las verdades de estos saberes. Son lo que son ya por sí mismos, sin prestigios de clase.

Es cierto que en el pasado los latinistas se pasearon por cátedras, academias y tertulias tan engréidos y presuntuosos que algunos tuvieron que compensar aquella *hybris* gramatical con prudente censura: «Mira la vanidad de los gramáticos, que, soberbios con el conocimiento de la lengua latina, se atreven a discurrir en todas las ciencias y profesiones», advertía don Diego de Saavedra Fajardo<sup>10</sup>.

Así que la gramática pide ser usada con moderación. Es verdad que si tuviéramos que reparar en ese delicado mecanismo de relojería que marcha bajo la esfera visible de nuestras palabras, nos volveríamos muy torpes para hablar. Sucedería sin parar un caso de interferencia, como cuando bajando distraídos una escalera pensamos en el pie que tenemos que echar, y nos caemos rodando.

Si la palabra constituye la base de la vida intelectual y propiamente humana, ¿no encarna la gramática por sí sola un estudio tan interesante y decisivo como pueda ser el de las matemáticas, la física o la biología? Y hablo siempre de la gramática tradicional, la muy sencilla y escueta en sus tecnicismos. He leído que Noam Chomsky (confié en mí el lector y exímame de citar dónde) ha terminado reconociendo explícitamente que la gramática tradicional, no la suya llamada generativa o transformacional, es un componente esencial de una buena educación.

¿Es la gramática una ciencia insana? ¿Una tecnología opresiva? ¿Debería prohibirse? No faltarán los enamorados de lo espontáneo y los fanáticos de lo práctico que respondan afirmativamente a estas preguntas. Así el sagaz Steven Pinker, tan enemigo de tópicos e ingenuidades, desbarra de esta manera confundiendo la gramática con la memorización de cuadros y paradigmas de sus años escolares. Y el latín, cómo no, en medio de todo:

Nuestra profesora de latín, una tal Mrs. Rillie, cuyas animadas fiestas en honor de Roma apenas lograron frenar el rápido declive de la asignatura, intentaba convencernos de que la gramática del latín enaltecía el valor de la mente humana por su admirable precisión, lógica y coherencia. (Hoy día, estos argumentos se suelen oír en boca de profesores de programación de informática). No le faltaba razón a Mrs. Rillie, aunque quizás las declinaciones latinas no sean el mejor ejemplo de la belleza inherente a la gramática<sup>11</sup>.

Las intuiciones de la Gramática Universal (¿de dónde pueden venir sino de las gramáticas particulares?) han demostrado ser algo bastante etéreo aunque despiertan grandemente el interés de los neurocientíficos y estudiosos de la mente como Chomsky o el propio Pinker. Pero la gramática es un saber humano y humanístico con una larga tradición a la que solo cabe renunciar empobreciendo nuestra visión de las cosas. No dejará de tener valor por sí misma, aunque digamos, de acuerdo con un gran erudito conservador y nada sospechoso de adanismo destructivo, que «el mayor fruto que puede sacarse del dominio de una lengua no es el estudio de sus raíces, ni de su vocabulario, sino el estudio de sus grandes pensadores y de sus grandes poetas»<sup>12</sup>. Y ello debe ser así para que no pase como dijo hace dos siglos un periodista: «Más de un erudito se parece al cajero de un banco: tiene la llave de mucho dinero, pero el dinero no es suyo»<sup>13</sup>. Ahora bien, lo cortés no quita lo valiente. ¿Por qué no retener el tesoro y el venerable y valioso cofre al mismo tiempo? Por eso, para concluir quiero quedarme con una defensa exagerada y esencialista de la gramática como la que hace, no una especialista interesada, sino una maestra de la palabra y la ficción artística como Marguerite Yourcenar:

La gramática, con su mezcla de reglamentación lógica y uso arbitrario, proporciona a las mentes jóvenes un antícpo de lo que más tarde les ofrecerán el derecho, la ética y otras ciencias y sistemas de la conducta humana a través de los cuales el hombre ha codificado su experiencia instintiva.

### «AHORA ME TOCA A MÍ»

Educar no es transmitir recetas,  
sino repugnancias y fervores.  
(Nicolás Gómez Dávila)

Y un día dejé de ser alumno y me convertí en profesor. Sin ánimo vengativo —porque algo de sadismo puede haber sin duda en la enseñanza—, me dije: «Ahora me toca a mí».

Y me puse la máscara.

Se revuelve incómodo el individuo cuando la profesión lo convierte en una especie de apero social, dentro de lo teatral del vivir. Cualquier hombre en el escenario de un oficio procura atenerse al papel, interpretarlo bien y volver tranquilo a casa, donde habita el hombre real. Porque en la escena pública cada uno, si es sincero, se sabe actor y, camino del trabajo, se repite cada mañana aquello de *laruatus prodeo*\*<sup>13</sup>, esto es, salgo a la calle con mi máscara puesta. Esa máscara —de profesor, policía o empleado de banca—, a la vuelta, se deposita en el vestíbulo del hogar como el sombrero o el paraguas en días de lluvia. Así que dentro de mí abrigo la sensación, como seguramente tantos, de que es ahora, en los días de mi retiro, cuando el viento me da en la cara y quedo merodeando en campo de libertad, sin un papel que recitar pero con algo que decir. Porque es que la costumbre ha sido larga y el rostro conserva el molde: *eripitur persona, manet res*<sup>\*14</sup>. Años, quinquenios y decenios se escrrieron mientras martilleaba en el yunque de los cerebros vírgenes *ut per iuuenes ascendat mundus*<sup>\*15</sup>. No se puede dar cuenta de toda esa cadena de días que un misericordioso olvido reduce a unos pocos eslabones. Llego ahora al puerto de la jubilación, *alius et idem*<sup>\*</sup>, incómodo en el ocio y el silencio, necesitado de engolfarme en las aguas de este libro, cuya escritura acaso traza una estela algo más

persistente que la de la palabra en tantas y tantas clases. Y sobre las clases y la enseñanza voy a hablar ahora.

Recuerda cuando eras niño aquellos espantos ante la institución, si no los tuyos propios porque fueras fuerte o insensible, los vómitos e insomnios, las caras pálidas de los compañeros inadaptados. La enseñanza es cuestión honda y problemática, en la estela trágica de la existencia humana. No es sencillo vivir y tampoco aprender a vivir. Algunos piensan exagerando que tal vez los que están en hospitales son locos naturales y nosotros los de fuera locos artificiales, ahormados por la educación. El aforismo de Vicente Núñez: «Solo lo perturbador es didáctico», puede retorcerse para reconocer a su vez que lo didáctico siempre perturba y despedaza inocencias.

Empezaré por la figura del profesor. Es la suya la profesión de las profesiones, como se ve por uno y otro término, que arrancan ambos del verbo latino *profiteor*, esto es, ‘revelar’, ‘manifestar’, ‘pronunciarse’. El profesor está comprometido con una materia, se es siempre profesor de algo. Por ahí es figura parcial y limitada. Es un especialista a quien se le pide que no se deje deformar demasiado por su campo de estudio y se mantenga abierto al saber general.

En las enseñanzas de letras se da cierto proceso circular: alguien se forma para poder enseñar y luego amaestrar a futuros enseñantes. En las ciencias aplicadas se rompe con mayor frecuencia este círculo y solo una parte de los alumnos se convierten en profesores. Los conocimientos científicos, además, producen bienes tangibles que amortizan de un modo directo y visible los gastos de la institución, por lo que atraen una mayoría de estudiosos e investigadores. Las letras serán siempre un lujo minoritario.

La idea que la sociedad tiene del oficio de profesor bascula entre la idealización y el menoscenso. El profesor al que retratan tantos dramas y novelas es unas veces ridículo en medio de su pobreza y pedantería, y otras temible por culpa de sus sequedades y autoritarias fierezas. Dejemos las alabanzas y vayamos a los improperios. En un plano intelectual es uno que regala por oficio conocimientos prestados. «Cuidadosamente rodeado de ideas prudentes, inaccesible a los excesos, escudado por la dura barrera de las teorías mediocres, dicta, burocráticamente, opiniones definitivas»<sup>16</sup>. Y la

cosa puede empeorar si se piensa que «la principal razón para ir a la escuela es aprender a no pensar como un profesor»<sup>17</sup>.

Para empezar, hay una escisión entre escuela y vida tan antigua que ya Séneca presentaba a su amigo Lucilio sus quejas sobre una enseñanza estéril y aislada del vivir, diciéndole aquello de que no aprendemos para la vida, sino para la escuela (*non vitae sed scholae discimus*). Como a toda máxima se le puede dar la vuelta, esta, convenientemente retorcida, es un bonito lema que nos invita a poner siempre la vida por delante de la escuela (*non scholae, sed vitae discimus*). El que enseña parece que no hace nada o muy poco, porque muchas cosas de las que enseña pueden pasar por ornamentales e inútiles. Pero no hay que rechazar todo este material antojadizo y lujoso, en el que pueden incluirse las humanidades, porque es peor ocultárselo al alumno, que, ocupado luego en las necesidades de la vida exterior, ya nunca podrá dar con él.

La escuela, el instituto y las facultades de letras son ámbitos cerrados y autónomos, especie de monasterios laxos y provisionales que no albergan fantasmas hueros o actividades estériles, sino experiencias de vida valiosas. Cuando pasen los años, el que fue joven debe recordar esos días escolares de modo que en el revoltijo de deportes y amores vayan también incluidos poemas, novelas, cuadros históricos, hazañas de la inteligencia matemática, paseos por las interminables y laberínticas galerías del arte, las maravillas iniciales de griegos y latinos. Y esa enseñanza habrá cumplido su misión si no hace odiosas sus lecciones y el alumno queda ya tocado para siempre por un deseo de más conocimiento. Así la escuela también es vida y la vida una escuela interminable.

Nuestro mundo, que es idealmente revolucionario y adora la rebeldía desde un cómodo conservadurismo, ha llegado a ver la escuela como un campo de batalla del que escapa una masa de mutilados mentales. Hay un resentimiento escolar hijo del espontaneísmo romántico. «Nada que merezca saberse puede enseñarse», se dice con chulería farisaica. Alguno, que tuvo mala escuela o que, renegando de ella, aprendió mucho por su cuenta, como el Gran Escoliasta Reaccionario, pontifica: «El catedrático solo logra embalsamar las ideas que le entregan»<sup>18</sup>. ¿Por qué va a ser así? No siempre la vivisección es posible para conocernos, no queda más remedio a veces que embalsamar.